

registran cierto tono y espíritu ascéticos. Urge ahora descifrar y distinguir bien la función que en cada una de estas autobiografías ejerce dicho ascetismo.

No es difícil adivinarlo en lo que a la *Vida* respecta. Sin en ningún momento negar un sentimiento auténtico de parte de Torres²⁰, hay que relacionar su ascetismo, no obstante, con su gran deseo autobiográfico de ser aceptado y reconocido. En su *Vida*, la humildad ascética funciona a manera de muelle que absorbe toda crítica que pueda suscitar la autoalabanza y jactancia en que cae constantemente el narrador. Ese narrador le asegura a su lector de la condición humilde y religiosa que le caracteriza, para acto seguido contradecirla, jactándose de sus proezas, encubiertas como puedan estar bajo el supuesto propósito de presentar simplemente «noticias ciertas y asunto verdadero» («Introducción», pág. 58). Y si hemos de dar algún —aunque no todo— crédito a la tesis de otro respecto a la importancia que tiene la Inquisición en la estructura de la *Vida*²¹, entonces, y en efecto, un semblante ascético resulta de lo más conveniente ante semejante institución, la cual viene a ser ni más ni menos que uno de los más temidos dioses de la sociedad y del *establishment*, con los que en el fondo y siempre quiere estar Torres (exceptuando, posiblemente, aquella etapa juvenil, rebelde, algo picaresca y bohemia a la vez que ya hemos mencionado).

El asunto resulta un tanto más complejo en *Automoribundia* (título de por sí ascético, según se habrá observado ya, al estar basado en un juego conceptista que nos remite a la conocida máxima ascética del vivir como progresivo morir). Pues a pesar del tono religioso registrado en el «prólogo», así como de ciertas declaraciones de fe (en Dios, al menos, a quien Ramón dedica todo un capítulo, el LVIII de II, págs. 407-413), el tema en *Automoribundia* no suele estar directamente relacionado con una religión establecida, y ni siquiera, incluso, tiene que estar relacionado necesariamente con lo religioso. Más que de «resignación católica» (*Vida*, III, pág. 106), o de tentarse lo católico (*Ibid.*, V, pág. 195) como Torres, Ramón asume posturas equivalentes, pero aplicándolas a su causa literaria y artística, la cual, como veremos, conlleva una serie de implicaciones de carácter también ético, por cuanto supone un mundo más humano y menos cínico que el que Ramón considera le ha tocado vivir como hombre del siglo XX. Su ascetismo, pues, es el proveniente de tales conceptos como «causa», «sacrificio», «ideal», tan aplicables a católicos acérrimos como a militantes políticos, o, en ese caso, a cualquiera que dedique y consagre su vida a una causa. Luego, para mayor diferencia con respecto a Torres y su *Vida*, en Ramón y *Automoribundia* ese ideal que ocasiona el ascetismo se convierte a la vez en motivo y fin de la escritura autobiográfica. No una resignación que —por sincera que pueda

²⁰ Conviene citar ahora algunas palabras nuestras al respecto, las cuales creemos contradicen cualquier actitud «exclusivista y tajante» de nuestra parte (vuelva a verse la nota 6): «Que la *Vida* refleja un violento conflicto entre dos inclinaciones contrarias del autobiografiado, mundanidad y ascesis» (SEBOLD, *art. cit.*, pág. 7), no lo discute nadie, pero que no pasa de ser un reflejo o sombra de una lucha interna que aquí el autor decide a favor de lo primero, nos parece igualmente indiscutible» (SUÁREZ-GALBÁN: *ob. cit.*, pág. 84).

²¹ CHICHARRO: «Introducción, *cit.*, pág. 77. Que la Inquisición podría ser un factor que explicara el semblante ascético de Torres, lo admitimos a continuación, añadiendo aquí que podría explicar asimismo esa respetabilidad que le conviene proyectar a Torres, y de la que habla ahí también CHICHARRO, pero todo ello no acaba de explicar, ni mucho menos, la fuerte necesidad de vanagloriarse que siente el salmantino.

ser en vida— favorece en la autobiografía la persona y el retrato del narrador frente a los ojos del lector, satisfaciendo así una vanidad, procedente, en última instancia, de una inseguridad de ser, caso ya descrito de Torres, sino la resignación como fórmula de la felicidad y fórmula de una vida entregada a una causa: «La vida como resignación tiene sentido, mucho más sentido de lo que parece, el sentido máximo» (II, pág. 424).

Ramón se resigna así a una vida ascética y sacrificada en nombre de la literatura. Y aunque recordáramos recién que el ideal de Ramón trasciende lo puramente estético, no cabe dudar, sin embargo, que esa utopía ramoniana se centra en lo artístico: «Lo sobreartístico es más poderoso que lo político, y sólo los grandes artistas crearán el mundo futuro, el mundo ameno, que es el único digno de vivirse» (II, p. 420). La ética de la estética, pues, prevalece por encima de cualquier ética política²². Tampoco cabe dudar de que esta utopía ramoniana responde perfectamente a la «ahistoricidad» de que habla Marcuse²³. Luego, conviene matizar al hablar de teórico olvido de la historia por parte de Ramón²⁴. *Automoribundia* afirma a gritos todo lo contrario en aquellas partes (especialmente II, cap. LXXXVII, págs. 571-599) en que el narrador registra, y casi como un cronista a veces, la pesadilla de España y de Europa que tuvo que sufrir durante los treinta y los cuarenta, aun cuando fuera de lejos, ya en el exilio, la mayor parte de ella. Que «qué hubiese sido de esta obra asombrosa en su forma si hubiese tomado conciencia en cuanto a su fondo de su época; si la hubiese relacionado —él, que vio con extraordinaria lucidez que todo se relaciona por lejano que esté— con preocupaciones coetáneas, si la hubiese conectado con los problemas más urgentes y primarios que por entonces tenían planteados los españoles»²⁵, es pregunta que mejor se contestaría con las palabras de nadie menos que Torres, cuando nos advierte en su *Vida*: «Yo no puedo fundirme la humanidad ni formarme otro espíritu...» («Prólogo» al trozo V, pág. 183). En otras palabras, la respuesta más probable a esa pregunta es simple y llanamente que no hubiese sido esa obra, que no existiría. Dada la peculiar trayectoria psicológico-existencial de Ramón —resumida y rematada como nunca quizá en *Automoribundia*— es impensable una evolución semejante a la que se puede registrar, por ejemplo, en el gran exilado alemán, Thomas Mann.

Es precisamente en vista de esa trayectoria reflejada tan concreta y dinámicamente en su autobiografía, que *tenemos* que decir que más que darle la espalda a España y Europa, Ramón pone los ojos en el refugio. Y subrayamos «tenemos», y evitamos conscientemente el uso de «debemos», porque reflejar ahora cualquier ánimo de excusar o justificar la conducta de Ramón, sería del todo inconsecuente ante su biografía y autobiografía. Porque Ramón no decide refugiarse sólo en 1936: Ramón, desde mucho antes, busca siempre el refugio.

Con lo cual llegamos al *quid* de *Automoribundia*, su eje central, lo que nos explica

²² Tampoco pudo perdonar nunca Ramón lo que él llama «el asesinato de mi padre» (I, pág. 283), del cual culpa a la política, siempre tan detestada por Ramón.

²³ HERBERT MARCUSE: «The End of Utopia», *Five Lectures* pág. 63 (Boston, Beacon Press, 1970).

²⁴ Véase UMBRAL: *ob. cit.*, pág. 42.

²⁵ Como se plantea SANTIAGO PRIETO DELGADO: «Introducción», a RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Greguerías, Selección, 1910-1960*, pág. 26 (Madrid, Espasa Calpe, 1980).

su razón de ser, su móvil y finalidad principales, el equivalente a la compensación por la inseguridad a través del deseo de reconocimiento registrados en la *Vida* de Villarroel. Se trata de esa utopía, centrada en el arte, pero también, y como toda utopía ahistórica, basada en la búsqueda del paraíso perdido ²⁶. Este toma múltiples formas, pero hay una en especial que llama la atención por su frecuencia e intensidad, a saber, la vuelta a la infancia. De diversas maneras, Ramón está constantemente recreando una infancia como máximo refugio del mundo adulto en general ²⁷, y en particular, de lo que él, rechazando quizá, pero no ignorando, la historia, califica de «cinismo contemporáneo» (I, pág. 312). Se complementan así en él las dos facetas del mito: la individual de la infancia como etapa idealizada (ausencia de la noción judeo-cristiana del pecado y del mal ²⁸, pensamiento prelógico que no reconoce aún lo conflictivo, aunque sabemos que tales simplificaciones no responden a la realidad, sino más bien a esa idealización y mitificación de los primeros diez años, más o menos, de la vida), y al lado de ésta, la colectiva o histórica, de una edad dorada y una sociedad justa que se contraponen a la de hierro e injusta, para expresarnos con los mismos términos que Don Quijote (infancia personal e infancia colectiva, e histórica, pues).

Recurrente, al punto de obsesionante, esa doble mitificación engendra en *Automoribundia* una serie de signos-refugios realmente insólita en muchos casos. A nivel histórico, queda bastante obvio el papel que juegan América, y más específicamente, Argentina y Buenos Aires aquí: «Lo que sucede allá lejos en las playas de América, nos atrae como si allí no fuese a llegar el peligro que nos acosa» (II, pág. 576); «En América sentimos que somos una capa más de abono del futuro» (II, pág. 683); «Hay que saber tener amor a América y al particular y quimérico optimismo que irradia como sano desprendimiento radiúmnico» (*ibíd*) ²⁹. Pero repárese en que esta solución de refugio y exilio ante «aquel fin del mundo» (II, pag. 610) que se desenlaza para

²⁶ Vuelva a verse MARCUSE: *loc. cit.*, aunque debe tenerse en cuenta lo que dice ahí el ensayista respecto al límite histórico de la ahistoricidad.

²⁷ Para otro trabajo, tenemos que dejar las últimas implicaciones psicológicas del concepto de «refugio» en Ramón, las cuales, como se habrá sospechado, podrían remitirnos a la etapa prenatal, desde un punto de vista psicológico. Asimismo, en ese futuro trabajo, tendríamos que abarcar las implicaciones también de la relación entre Ramón y sus padres, preñadas de explicaciones en cuanto a las causas de esa búsqueda utópica de tan importante función y significado en *Automoribundia*, que es a lo que tenemos que limitarnos ahora. En nuestra conferencia de Aix, ya citada, no obstante, algo hemos adelantado a manera de esbozo sobre ese aspecto más psicológico.

²⁸ En II, pág. 754, repite Ramón la leyenda del paraíso torcido por el pecado original, leyenda que, por cierto, somete a una justificación del individualismo.

²⁹ Toda ambigüedad que pueda sospecharse en la cláusula dependiente y de verbo en subjuntivo de la primera cita, queda invalidada por el número de citas semejantes, pero sin ninguna posibilidad ambigua, que podría recogerse además de las aquí reproducidas. Otro tanto puede decirse en cuanto al papel privilegiado de Argentina y Buenos Aires que estas citas, no obstante, no reflejan, pero que el lector de *Automoribundia* recordará sin gran dificultad y, sin ir más lejos, la misma continuación de la última de estas citas sería un buen ejemplo. Cabe recordar, asimismo, fuera de *Automoribundia*, los escritos de Ramón dedicados a temas argentinos, tales como *Explicación de Buenos Aires* o *Interpretación del tango*, sin embargo, de lo cual no deja de ser curioso el que Ramón termine considerando que «la super Grecia futura» será los Estados Unidos de Norteamérica (véase II, pág. 759), opinión explicable, en parte, cuando no del todo, por su gran temor a la Unión Soviética (véase, ahora, II, pág. 758).